



WARHAMMER®  
THE END TIMES

LA MALDICIÓN DE  
**KHAINE**  
GAV THORPE

timunmas



**WARHAMMER®**  
THE END TIMES

LA MALDICIÓN DE  
**KHAINE**

GAV THORPE

timunmas

*Este libro está dedicado a Shaun. Me cuesta creer que haya tardado tanto en darte las gracias... por ser el primer guardián, el que me introdujo en los mundos de la ciencia ficción y la fantasía y me mostró el camino a Warhammer y los juegos de rol. Te debo mucho.*

Título original: *The Curse of Khaine*

Traducción: Simon Saito Navarro

Ilustración de cubierta e ilustraciones de interior: Paul Dainton

Mapa: John Michelbach

Primera edición: febrero de 2018

*The Curse of Khaine*, *La maldición de Khaine*, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2014 por Black Library Games Workshop Limited., Willow Road, Nottingham, NG7 2WS, UK  
[www.blacklibrary.com](http://www.blacklibrary.com)

© Games Workshop Limited 2014, 2015

© De la traducción Games Workshop Limited. 2018. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[www.timunmas.com](http://www.timunmas.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0457-9

Preimpresión: Ediciones del Simio

Depósito legal: B. 17.816-2017

Impreso en España por BlackPrint

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47



## UNO

### El levantamiento del Rey Brujo

En algún momento remoto e indeterminado alguien la bautizó con el nombre de Torre Negra. Tal vez entonces era negra, y quizá también nada más que una torre. Ahora, sin embargo, era el pináculo más alto en el centro de Naggarond. La fortaleza se había ampliado desordenadamente con centenares de fortificaciones exteriores y contrafuertes que habían dado lugar a un laberinto de calles, callejones, pasarelas entre azoteas y puentes. El asentamiento se había convertido en un microcosmos donde la única ley vigente era la voluntad del voluble Rey Brujo, donde las alianzas eran efímeras y la muerte acechaba detrás de cada esquina.

Las murallas estaban engalanadas con las cabezas y los cadáveres de los miles de individuos que habían importunado a Malekith a lo largo del último milenio. Algunos colgaban de ganchos y de cadenas, otros de sogas y de horcas. Varios centenares de ellos ya eran meros esqueletos conservados mediante siniestra magia, pero había algunas docenas más recientes cuya carne putrefacta permanecía adherida a los huesos, roídos

por nubes de arpías que sobrevolaban el bastión en espera de nuevas víctimas en las que escarbar.

La Torre Negra.

Un nombre que denotaba más angustia y terror que los que podían describir esas tres simples palabras, presentes en el último recuerdo de los desdichados que colgaban de las murallas, grabadas en el dolor de los que se consumían en las mazmorras sepultadas en los cimientos de los altos muros del parapeto adornado con estandartes.

Nadie recordaba quién le había dado ese nombre, ni siquiera Malekith, que estaba sentado en su trono de hierro, emplazado en el gran salón de lo alto de la torre más elevada. El rey tenía recuerdos de una época en la que todavía no existía Naggarond, en la que sólo había un puñado de seres repartidos por el mundo.

Él había crecido en la Torre Negra, en el siniestro ambiente generado por la omnipresencia de su padre, Aenarion, y las malvadas y sangrientas maquinaciones de su madre, Morathi, y sus oponentes afirmaban que esos tenebrosos años habían ensombrecido su corazón de manera similar.

El Rey Brujo ya no tenía labios, pero lo irónico de la historia le habría hecho torcerlos en una mueca cruel. Un rostro devastado por fuego sagrado se frunció debajo del hierro caliente para componer algo parecido a un gesto de satisfacción, la clase de satisfacción de quien se deleitaba contemplando desde la ventana las cabezas de la docena de generales que habían decepcionado a Malekith durante la reciente guerra contra los bárbaros hombres del norte. Ahora las observaba y rememoraba con placer los gritos que habían resonado en aquella misma cámara mientras eran decapitados con magia oscura y hojas candentes.

Llevó la mirada más allá de aquellas mezquinas víctimas de su ira y recorrió con los ojos la fortaleza y los altos lienzos de muralla. Al otro lado de los muros, las sombras, ninguna más alta que la Torre Negra, perforaban la noche, envueltas por los lúgubres y fríos bancos de niebla de Naggaroth.

Naggarond.

Si bien había pasado su infancia en la Torre Negra, él no había nacido en aquella ciudad. Ese honor le correspondía a un lugar perdido, arrasado y renacido una y otra vez a lo largo del tiempo, erigido sobre el suelo empapado en sangre de la ancestral Nagarythe.

Anlec.

Capital de Aenarion, en el pasado la ciudad más poderosa del mundo, capaz incluso de avergonzar a la Karaz-a-Karak de los enanos. Anlec, objeto de la envidia de Ulthuan, que sólo había sucumbido a una batalla, y la misma suerte habían corrido Malekith y los aliados que estaban en ella.

Ahora estaba en ruinas. La Torre Negra era lo único que quedaba de Anlec. Ese recuerdo era doloroso incluso transcurridos seiscientos años.

*El proceloso mar golpeaba la accidentada costa de pináculos rocosos y espumaba abundantemente. El cielo se retorció, oscurecido por la magia oscura. Del agua, a través de la espuma y de la lluvia, surgieron las inmensas y tenebrosas figuras de altísimos edificios formados por muros y almenas.*

*Los castillos de Nagarythe siguieron la estela de la inmensa ciudadela flotante, sobre cuya torre más alta estaba Malekith. La violenta lluvia se vaporizó al entrar en contacto con su armadura cuando se volvió al oír la voz de Morathi, quien permanecía bajo el arco, detrás de él.*

—¿Es aquí adónde huimos? —preguntó con un brillo iracundo en los ojos—. ¿A esta tierra fría e inhóspita?

—No nos seguirán hasta aquí —respondió el Rey Brujo—. Somos los naggarithi... Nacimos en el norte y en el norte renaceremos. Esta tierra, por inhóspita que sea, nos pertenece. Naggarith.

—¿Piensas erigir un nuevo reino? —inquirió con desdén Morathi—. ¿Vas a aceptar tu derrota y comenzar de nuevo como si Nagarythe jamás hubiera existido?

—No —contestó Malekith, con el cuerpo de hierro envuelto en llamas—. Nunca olvidaremos lo que nos han arrebatado. Ulthuan me pertenece. Aunque pasen mil años o diez mil, reclamaré mi derecho legítimo como rey. Soy el hijo de Aenarion. Ése es mi destino.

El tiempo (la mortalidad) era una preocupación de seres inferiores. Los milenios no significaban nada para el Rey Brujo. No podían contarse con los dedos de ambas manos los falsos Reyes Fénix coronados y caídos a lo largo de la vida de Malekith, quien había recibido la noticia de la muerte de cada uno de ellos con indiferencia.

A veces, cuando el dolor abrasador de su caparazón se volvía insoporable, se sumía en sus pensamientos y rememoraba durante días enteros los acontecimientos de su vida. Ahora volvía a sobrevenirle la tentación de reflexionar sobre los sucesos pasados, pero en esta ocasión no era para escapar del dolor, sino para mitigar el aburrimiento que le corroía.

—¿Majestad?

Malekith apartó la mirada de la ventana y salió de su ensimismamiento. Era Ezresor quien había hablado, si bien el Rey Brujo necesitó algunos instantes para recobrase y recordar su nombre. El agente de más edad de Malekith se estremeció cuando la abrasadora mirada de su señor se posó en él.

—¿Deseas preguntarme alguna cosa? —dijo Malekith con la voz ronca, con un matiz de chirrido metálico y de crepitaciones de llamas—. ¿Tal vez hacerme algún comentario?

—Estabais a punto de transmitirnos vuestra voluntad —dijo Venil, el asesino convertido en consejero del rey, patrón de innumerables flotas piratas y todavía conocido por el sobrenombre de Chillblade.

Las llamas se avivaron en reacción al desagrado de Malekith y escaparon por las grietas en su armadura, lo que obligó a Venil a dar un paso atrás, con el rostro enrojecido por la repentina ola de calor.

—¿Ah, sí? —Malekith fijó la atención en el tercer miembro del triunvirato.

Kouran sostuvo la mirada llameante de su señor sin inmutarse. Malekith sacaba una cabeza a la mayoría de sus subalternos, pero Kouran tenía una presencia casi igual de imponente que el monarca. Con su semblante severo y los ojos oscuros, poseía un halo de heladora hostilidad que contrastaba con el hierro ardiente de su señor. De los tres integrantes del consejo, Kouran era el único armado y enfundado en armadura; el único individuo en el mundo del que Malekith no desconfiaba si tenía un arma a mano. El capitán sostenía su alabarda, *Muerte Carmesí*, simbólicamente alejada de su rey. Mientras que la armadura de placas y escamas de Malekith estaba al rojo vivo, la armadura negra de acero de Kouran parecía embadurnada con aceite y cambiaba constantemente con las almas atrapadas de los sacrificados.

—Proseguiremos la guerra. Perseguiremos a ésa a la que llaman Valkia y capturaremos a vuestra madre —soltó Kouran sin vacilación. Daba la

impresión de que el capitán se sentía excesivamente cómodo con las momentáneas pérdidas de atención de Malekith, pero el Rey Brujo sabía que de todos sus súbditos sólo Kouran no emplearía jamás esa información en contra de él.

—¿Por qué Ebnir no está aquí? Me habría gustado que el desollador de almas me informara sobre el estado de mis ejércitos y el de las fuerzas enemigas.

—Está muerto, majestad —dijo Ezresor—. Ya os había informado.

El tono del jefe de los espías irritó a Malekith. Insolencia. No la suficiente para merecer la muerte, pues no habría servido de nada matarlo, pero en tiempos convulsos el control debía ser absoluto. Las reprimendas tenían que ser inmediatas y notorias. El Rey Brujo dirigió un leve gesto de asentimiento con la cabeza a Kouran, que comprendió perfectamente qué estaba pidiéndole su señor.

El capitán asestó un puñetazo con la mano enguantada en la cara de Ezresor, quien cayó desplomado con la nariz ensangrentada. Kouran abrió las piernas, se preparó para estamparle una patada y se volvió a mirar de nuevo a su rey, pero Malekith negó con la cabeza.

—¡Claro que está muerto! —aseveró Malekith—. No era estúpido. Permitió la caída de la torre de vigilancia de Vartoth y luego agravó su error conduciendo a una hueste de mis guerreros por los glaciares para que los aniquilaran esos desgraciados peludos de los Desiertos. Estoy seguro de que cuando lo vio todo perdido se clavó su propia espada, o por lo menos dejaría que alguno de los norteños lo destripara como a un gorrino antes que afrontar el destino que sabía que le esperaba en mis mazmorras.

Ezresor se levantó trabajosamente, aturdido, e intercambió una mirada con Venil. El jefe de los espías se limpió la sangre de los labios con el puño de la túnica y presentó sus disculpas al Rey Brujo con una reverencia.

—Hellebron no ha respondido a mis convocatorias —dijo Malekith.

—Aún está luchando en Har Ganeth —informó Ezresor.

Malekith agradeció que el consejero le ofreciera hechos en lugar de una opinión que no le había pedido.

—La ciudad está en ruinas —añadió Venil—. Los templos dedicados a Khaine han sido demolidos.

—El orgullo la mantiene allí —dijo Malekith, que entendía mejor que nadie las motivaciones de la Reina Bruja—. Sufrió una humillación y ahora se desquita con la sangre de los rezagados y de los perdidos. Le concederé un poco más de tiempo.

—Os ruego que perdonéis mi sorpresa, majestad, pero hay señores y damas que no acudieron a vuestra llamada y pagaron cara esa afrenta —señaló Venil, relamiéndose mientras escogía con cuidado sus siguientes palabras—. Yo evitaría que Hellebron se convirtiera en un mal ejemplo para los demás.

—Hellebron es demasiado útil como para matarla —dijo con franqueza Malekith—. Además, dudo que hubiera alguien capaz de hacerlo aunque ése fuera mi deseo, y no puedo permitirme el lujo de perder otro ejército.

—¿Y Shadowblade...? —sugirió Kouran.

—Por el momento es un arma que no cuenta con mi confianza —dijo Malekith—. Responde ante mí en este mundo, pero ha jurado lealtad a Khaine, y Hellebron sigue siendo la amante más poderosa del Señor del Asesinato. No vale la pena encargarle un asunto tan complejo de momento. Hellebron regresará. Todavía no hay necesidad alguna de tirar de la correa.

—Hay división en Ulthuan, majestad —dijo Venil con cierto regocijo—. El príncipe Imrik de Caledor ha abandonado la corte del ausente Rey Fénix tras una fuerte discusión con el príncipe Tyrion a propósito de la intención de este último de actuar como regente en ausencia de Finubar. Al parecer, el Dragón de Cothique no podrá sacar los dragones de Caledor para defender el reino.

—Estoy seguro de que Tyrion se saldrá con la suya, incluso sin los príncipes dragones —afirmó Malekith.

—En cuanto a la Hechicera Bruja, majestad... —dijo Ezresor—. Tiene su corte en Ghronnd, quizá con la confianza de que no os atreveréis a enfrentaros a ella en su propio convento.

—¿Quizá? —Malekith le dio vueltas a aquella palabra. Sugería especulación, y en la especulación era posible que Ezresor pensara que había motivos para que la madre de Malekith se sintiera a salvo de recibir su merecido castigo.

—No tenemos contacto directo con Ghronnd desde hace muchos

años, majestad —se apresuró a añadir Ezresor—. Es difícil saber nada con certeza. Si bien es bastante improbable, podría ser que vuestra madre estuviera muerta.

—No, puedes estar seguro de que está viva —repuso Malekith—. Cuando por fin la muerte alcance a Morathi, el mundo oirá sus gritos de decepción, recuerda lo que te digo. ¿Crees que no lo sabré cuando fallezca? Ella me concedió su fuerza vital, me apoyó en los peores momentos y me guio para que superara las numerosas dificultades que encontré en mi camino. Es una parte de mí en la misma manera en la que lo es esta armadura.

Venil se acarició la mejilla con gesto pensativo.

—Ebnir no es el único culpable de que el ataque de los norteños nos cogiera por sorpresa. La pérdida de una torre de vigilancia podría haberse evitado si los videntes de Ghronnd hubieran predicho la incursión. —Hizo una pausa y volvió a relamerse antes de continuar diciendo lentamente—: Parece poco probable que el Convento de las Hechiceras decidiera desatender sus obligaciones en un arrebato, de modo que todos los indicios me conducen a la conclusión de que no se debió a un simple descuido.

—¿Quién ordenaría al convento que traicionara a su señor de esa manera? —preguntó Ezresor.

—¡Deja de una vez esta bochornosa pantomima! —espetó Malekith, que descargó un puño contra el brazo del trono y provocó una lluvia de chispas—. Si quieres elevar alguna acusación contra mi madre, habla con claridad.

—Os ruego que me disculpéis, majestad —dijo Ezresor, haciendo una honda reverencia mientras miraba de refilón a Kouran—. Estoy seguro de que Morathi se guardó para sí la información del ataque del Caos para asegurarse de que nos sorprendería desprevenidos.

—¿Y por qué supones que haría algo así? —inquirió Kouran—. Ghronnd no puede resistir en solitario toda la inmundicia que sale vomitada de los Desiertos del Caos.

—No subestimes el nihilismo del rencor —señaló Venil—. Codicia el trono de Ulthuan desde mucho antes que nuestro señor. Tal vez haya vislumbrado alguna clase de ventaja para sus intereses en permitir el derrumbamiento de Naggaroth.

El trío de consejeros se volvió hacia Malekith al recordar de repente que estaban hablando en presencia del monarca. Ninguno de ellos pronunció una sola palabra, y los tres se limitaron a bajar la mirada y guardar silencio.

—Estabas hablando de mi madre —aseveró Malekith, mirando fijamente a Venil—. Continúa.

—No ha estado bien resucitar viejas disputas y asuntos irritantes —dijo el antiguo asesino, manejando las palabras con el mismo cuidado con el que en el pasado manejaba dagas impregnadas de veneno.

—¿Ezresor? —Malekith desvió la mirada siniestra hacia el jefe de los espías—. ¿Deseas añadir algo?

—Vuestra madre os dio por muerto, majestad. Os subestimó, como han hecho muchos otros, pero nunca intentó un ataque directo contra vuestro poder.

—Sin su ayuda habría perdido Naggarond durante la ausencia de nuestro rey —dijo gruñendo Kouran—. Cometió un error, y cuando su error se hizo evidente, hizo todo lo que estuvo en su mano para proteger el gobierno de Malekith.

—Los usurpadores la habían encarcelado —dijo Ezresor, haciendo un mohín de desdén—. Habría intentado aliarse con el hijo bastardo de una arpía si hubiera hecho falta. Anhela el trono de Ulthuan y ha utilizado todos los medios a su alcance para hacerse con él. Ha utilizado como títere a quien le ha convenido y le ha hecho creer que actuaba por voluntad propia.

—¿Incluido tu rey? —preguntó Malekith para concluir la aseveración. La tez blanca de Ezresor pareció palidecer un poco más y él dio un paso atrás para poner distancia con su señor, al mismo tiempo que lanzaba una precavida mirada llena de inquietud a Kouran. Malekith se echó a reír, pero eso no mitigó el miedo de Ezresor—. ¿Me crees tan ciego a las maquinaciones de mi madre, Ezresor? Tal vez seas el señor de mis agentes, el cabecilla de diez millares de miembros de sectas y de espías, pero no pienses que sólo sé aquello que me cuentas. Conozco perfectamente los métodos de la criatura que me engendró y lo que es capaz de hacer.

*Una suma sacerdotisa, ágil y atlética, presidía la vil ceremonia desde una tarima cubierta de cadáveres y sangre. Llevaba la blanca túnica salpicada de sangre y el rostro oculto detrás de una demoníaca máscara de bronce. Sus ojos emitían un tenue resplandor amarillo y sus pupilas eran dos puntitos diminutos completamente negros sepultados en sendos abismos luminiscentes.*

*Sostenía en una mano un sinuoso báculo de huesos y hierro rematado por un cráneo con cuernos y tres cuencas oculares. En la otra mano empuñaba una daga curva todavía embadurnada con la sangre de los innumerables sacrificios.*

*Malekith penetró a la carga en la cámara, derribando a todo aquel miembro de la secta que se interponía en su camino. Apenas lo separaban un par de pasos del estrado cuando la sacerdotisa lo señaló con la punta de la daga; de ésta surgió un rayo negro como la noche que impactó de lleno en el pecho del príncipe, que sintió que el corazón le iba a explotar. Surgió un alarido de dolor de sus labios y Malekith se derrumbó sobre las rodillas, agitando alocadamente los brazos. Estaba tan estupefacto como herido, pues sabía que ningún mago poseía unas habilidades de hechicería comparables a las que le proporcionaba a él la Corona de Hierro.*

*Miró con incredulidad a la sacerdotisa, que descendió del estrado con pasos lánguidos y enfiló lentamente hacia el príncipe herido, apuntándolo con el báculo.*

*—Mi niño insensato —dijo con desdén.*

*La sacerdotisa dejó caer la daga, que roció el suelo con gotitas carmesíes, y con la mano libre se quitó la máscara y la arrojó lejos. A pesar de que tenía el cabello apelmazado por la sangre, la lustrosa melena negra se desparramó sobre sus hombros. Tenía un rostro perfecto que era la misma encarnación de la belleza, y en ella se combinaban el porte aristocrático y la magnificencia divina.*

*Los capitanes y caballeros congregados contemplaron hechizados aquella aparición de la perfección.*

*—¿Madre? —dijo en un susurro Malekith, y dejó que la espada cayera de su mano entumecida.*

*—Hijo mío —repuso ella con una sonrisa pícaro que despertó en la misma medida el deseo y el pavor de los presentes—. Ha sido muy grosero por tu parte asesinar a mis siervos de un modo tan cruel. El tiempo que has pasado con los bárbaros te ha hecho olvidar los modales.*

*Malekith no respondió y se quedó mirando fijamente a Morathi, esposa de Aenarion, su madre.*

—Su lealtad se limita a lo imprescindible —dijo Malekith—. Sus intenciones de usurpar mi poder, tanto las sutiles como las abiertas, no son ninguna novedad para mí. Me preocupa mucho más su ambivalencia. El hecho de que esté dispuesta a permitir que Naggaroth sea aniquilada por los aceros de los norteños se debe a que nuestras tierras y nuestro pueblo ya no tienen ningún valor para ella. Sus planes requieren patronos poderosos y sacrificios extraordinarios. Es bastante probable que se haya aplacado su desprecio hacia los Dioses del Caos y ahora busque ganarse su favor ofreciéndoles miles de naggarothi a cambio de su ayuda.

—Eso sería una traición mucho más grave que cualquiera de las que haya cometido antes —señaló Venil—. No me corresponde a mí decirlo lo que habéis de hacer, majestad, pero opino que ha llegado el momento de que nos libremos de su alevoso doble juego.

—Tienes razón —repuso Malekith. A Venil se le borró la sonrisa petulante de los labios en cuanto el Rey Brujo añadió—: No te corresponde a ti decirme lo que he de hacer. Me ocuparé de mi madre de la manera que yo juzgue adecuada.

—¿Pero os ocuparéis de ella? —dijo Venil, incapaz de mantenerse callado pero encogiéndose a medida que hablaba, como si la boca le hubiera traicionado. Hizo una reverencia con la cabeza gacha y abrió los brazos—. Hemos perdido demasiado como para permitir que las viejas heridas continúen enconándose.

—Reflexionaré sobre ello —replicó Malekith, volviéndose de nuevo hacia la ventana.

Permaneció unos segundos absorto en sus pensamientos, imaginándose la cabeza macilenta de Venil bailando colgada de las cadenas erizadas de la torre de enfrente. Esa idea sólo le procuró unos instantes de placer, hasta que el deseo de castigar cruelmente al consejero quedó sepultado por la más meditada y pragmática necesidad.

—El mundo está sumido en la conmoción —declaró el Rey Brujo—. Las fuerzas de la vida y las de la muerte se agitan y los dioses no nos quitan el ojo de encima. Los vientos de la magia no habían soplado de un modo tan turbulento desde la gran guerra contra los siervos de los

Dioses Oscuros. La tempestad del Caos oculta la visión sobrenatural, de modo que debéis traerme noticias de todos los rincones del globo. Quiero estar al corriente de todos los rumores que corran por Lothorn y por Tor Achare. Me informarás de todos los consejos que se transmitan al oído de los reyes humanos y del emperador. Hay ejércitos en marcha, tanto de vivos como de muertos, y quiero conocer su disposición y su tamaño. Me informarás de todo eso, o de lo contrario no me serás de ninguna utilidad.

—Vuestros deseos son órdenes, majestad —dijo Venil, humedeciéndose de nuevo los labios—. Seré vuestros ojos y vuestros oídos, como siempre he hecho.